

Hacia una antropología excéntrica: reflexiones desde la periferia mexicana.

Andrés Medina Hernández

Instituto de Investigaciones Antropológicas/UNAM

*El centro domina, dirige, conserva;
la periferia acecha, vislumbra,
imagina.*

1.- Primer diálogo.

La antropología en México tiene diversas características que la distinguen de aquellas otras propias de los países centrales, el contraste se establece fundamentalmente a partir del hecho colonial; es decir, mientras que el primer paradigma de la antropología, aquel con el cual se constituye como ciencia reconocida, el evolucionismo, surge en el largo proceso de expansión colonial de los estados europeos a la cabeza del desarrollo capitalista, en México, al igual que en otros países del Sur, o "excéntricos", la antropología es implantada en el efervescente espacio de la reflexión nacionalista, con lo que los frutos no son exactamente iguales a los de su matriz original. Sin embargo, los conceptos, los métodos, las teorías, los estilos mismos de presentar los resultados de la actividad científica y hasta la organización misma de los científicos sigue pautas similares a los de los países centrales.

La diferencia es algo más que una ciencia provinciana o subdesarrollada, y lo que está en juego es lo que Guillermo de la Peña ha reconocido como una tensión entre una vocación nacional y una exigencia internacional, algo que en estos días parece una llaga viva en el corazón de los científicos sociales mexicanos que luchan por los "pilones" con criterios que ciertamente subestiman sus pautas y tendencias, sus formas de organización (De la Peña, G., 1993).

Pero si la antropología mexicana aparece como excéntrica en relación con la de Europa y Estados Unidos, cuna por excelencia del pensamiento antropológico occidental, la relación se acentúa y toma características dramáticamente diferentes cuando comparamos el desarrollo de la antropología en la capital del país, poderoso "hoyo negro" que absorbe y condensa la materia de su entorno nacional, con lo que sucede en provincia, donde existen diferentes centros de investigación y de docencia antropológicas. Aparece entonces otra antropología todavía más excéntrica, lo que no es necesariamente del todo negativo, pero que tiene también particularidades que no han sido consideradas en las reflexiones que sobre la historia y la teoría de la antropología hacemos en este macrocentro de la economía y política nacionales.

Todo esto tiene que ver con la creciente actividad desplegada por los antropólogos mexicanos en torno a la historia de la antropología como un espacio fundamental de la discusión teórica. Existe ya una considerable bibliografía al respecto y obras básicas que constituyen referentes obligados, como lo anotaremos con detalle más adelante; incluso discusiones como las organizadas por el "Seminario de Historia, Filosofía y

Antropología Mexicana", llamada por sus fieles miembros "Hermandad del Último Viernes" por la terca costumbre de reunirse mensualmente en el día indicado. En toda esta febril actividad tiene un papel de primer orden la obra de Esteban Krotz, antropólogo social mexicano que ha escrito los ensayos con mayor hondura teórica y filosófica en los que articula y problematiza los nexos entre la antropología mexicana y la de los países centrales, particularmente con las nuevas tendencias que se desplazan críticamente de la perspectiva hegemónica euroamericana, entre las que tiene un lugar importante la reflexión acerca de la historia de la ciencia, misma que tiene un referente central en la obra de T. S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*. De tal suerte que no es posible realizar investigaciones, discusiones o reflexiones sobre la antropología mexicana, y especialmente sobre su historia y sus particularidades teóricas y metodológicas, sin considerar las originales propuestas de Esteban Krotz, estemos o no de acuerdo con ellas; por ello en lo que sigue de este apartado intentaré establecer un modesto e inicial diálogo con dicho autor a fin de considerar cuestiones que son centrales en la actual discusión sobre nuestra antropología nacional.

Aun cuando en las discusiones de los antropólogos mexicanos de los años setenta, como los consignados en *La quiebra política de la antropología social en México* (Medina, A. y C. García Mora, compiladores), se encuentran referencias al libro de T. S. Kuhn, no se había realizado una confrontación rigurosa y decidida sobre la pertinencia de su planteamiento para entender la situación de la antropología en México. De hecho este camino tiene diversas y múltiples implicaciones epistemológicas que no hacen fácil la reflexión; sin embargo Esteban Krotz se lanzaría por este azaroso camino y conseguiría resultados sorprendentes, sin que la cuestión básica, la pertinencia del esquema kuhniano, se haya respondido todavía. Pero en este movimiento de análisis han surgido otras preguntas y otros temas extremadamente sugerentes, al grado tal que no es posible realizar investigaciones o hacer propuestas responsables sobre la problemática de la antropología en México sin referirnos a los sólidos trabajos de E. Krotz.

En una de sus primeras aportaciones y partiendo del esquema kuhniano Krotz nos muestra cómo la fundación de la antropología como ciencia y la configuración de un complejo institucional de universidades y centros de investigación, se da en el marco del paradigma evolucionista; y es de tal fuerza la constitución de la antropología que en el movimiento de su emergencia ocultaría las fuentes de su origen, como sería la importancia de los viajes y el papel central del asombro, la alteridad y la utopía, lo que plantearía muy elocuente y convincentemente en otro ensayo al aquí referido (Krotz, E. 1987). Sin embargo, después de este primer paradigma y de su rechazo por las nuevas tendencias teóricas, no parece haber surgido un nuevo paradigma, sino varias propuestas todavía preparadigmáticas que provocan en esta ciencia un estado de crisis permanente.

La cuestión básica en el empleo del esquema kuhniano es la de establecer la relación existente entre un paradigma y la estructura comunitaria de científicos que le otorga vigencia. Es decir, cuando la discusión se centra en el concepto de paradigma en el discurso kuhniano se descuida lo que constituye su fuente de legitimación y realización, la estructura comunitaria de la ciencia. Tal es el caso, por citar un ejemplo sustancioso, del sugerente estudio de C. Hewitt de Alcántara (1988), en donde al estudiar la manera en que los antropólogos han tratado de entender la problemática agraria nacional encuentra la existencia de siete paradigmas, pero sin establecer un

nexo con el proceso histórico de formación de la antropología mexicana ni mucho menos referirse a la comunidad antropológica, la que por cierto sólo participa parcialmente en la discusión agraria, atendida exclusivamente por una parte de los antropólogos sociales, discusión en la que encontramos la presencia de diversos especialistas, como son sociólogos, economistas y agrónomos, entre otros científicos, además políticos implicados en una discusión cara al Estado post-revolucionario.

Como lo apunta el propio Krotz, remitiéndose a su referente kuhniano, la estructura comunitaria de la ciencia la conforman las tradiciones científicas vigentes, las formas de socialización del conocimiento, así como aquellas otras en las que se prepara a los nuevos científicos; y una comunidad se define, a su vez, por compartir un mismo paradigma. Es el contexto de tal estructura comunitaria como se legitima la práctica científica y se establecen los currícula profesionales. Aquí conviene destacar que en México la existencia de una producción editorial de libros de texto escritos en congruencia con la orientación de los planes de estudio sólo acontecería en la llamada "época de oro", en el lapso 1942-1970, situación en la que tiene un papel decisivo el Fondo de Cultura Económica.

En la perspectiva kuhniana la situación de las ciencias sociales es de inmadurez por no conseguir establecer un solo paradigma; y esto es, desde luego, lo que sucede en la antropología mexicana. Por otro lado, uno de los rasgos que indican la cristalización de una ciencia es la transformación de su terminología, que pasa a convertirse en un árido lenguaje técnico sólo entendido por los iniciados. Sin embargo, en la antropología mexicana observamos la coexistencia de por lo menos tres niveles del discurso que no siempre son indicados en propuestas y declaraciones; dichos niveles son: el del lenguaje cotidiano, el del técnico y el del político.

Es decir, siguiendo el razonamiento kuhniano, la antropología mexicana, y con ella la antropología en general, estaría en una fase pre-paradigmática, de inmadurez, y el propio Krotz encuentra diferentes rasgos que muestran esta situación de crisis:

Así, para mencionar solamente unos pocos ejemplos, llama la atención el establecimiento periódico de "modas" de todo tipo que van desde usos de lenguaje hasta la citación obligada de autores de referencia coyunturalmente (y a veces hasta políticamente) imprescindibles y que en no pocos casos reflejan, con ciertos desfases temporales, discusiones científicas europeas o norteamericanas. La reciente proliferación de centros de enseñanza profesional con un nivel curricular y de preparación académica del profesorado relativamente modesto llama la atención más todavía si es confrontada con la situación un tanto débil de los estudios de postgrado en el país. La infraestructura material (por ejemplo, bibliotecas, hemerotecas) y la disponibilidad de lecturas en lenguas extranjeras llevan a grandes grupos de la comunidad científica a cierto grado de aislamiento del contexto internacional que, lejos de operar como impulso para la creación propia, parece propiciar más bien el establecimiento de modas académicas estériles. La cercanía, finalmente, de la discusión "antropológica especializada", con los niveles de editoriales de algunos periódicos capitalinos no parece haber aumentado la intensidad de la comunicación sino su simplificación; parece haber contribuido a la formación de grupos "preparadigmáticos" relativamente cerrados. Esto puede tener cierta relación con el hecho de que los

antropólogos especializados en cierto número limitado de temas y enfoques se suelen enfrentar a los antropólogos "todólogos" que discuten, comentan y asesoran cualquier tema.

Y para remediar algunos de los problemas que presenta la comunidad antropológica mexicana, tal como la sorprendente ausencia de una comunicación interna: "...el desconocimiento generalizado entre los antropólogos acerca de aspectos bastante elementales de su <<comunidad antropológica>> y la limitadísima circulación de resultados de investigación son sólo dos de sus aspectos críticos", sugiere se establezcan estructuras comunicativas entra las escuelas y la disposición abierta a la crítica y a la autocrítica, así como se realice un esfuerzo teórico en el trabajo cotidiano, pues, como lo indicaría en una provocativa presentación, en cuanto a metodología la antropología mexicana se encuentra cerca del grado cero (Krotz, E., 1988).

La cuestión básica aquí es si la aplicación escrita del esquema kuhniano nos permitirá entender el proceso y el carácter de la producción científica en la antropología mexicana. La pertinencia tanto de dicho esquema como de algunos de sus conceptos centrales, como el de paradigma, ha sido cuestionada por diferentes autores; lo cierto es que siguiendo esta perspectiva pareciera escapárseos mucho de lo que define a la antropología en México, ello sin negar que esfuerzos como el del propio Krotz nos iluminan y plantean una discusión que es en todos sentidos constructiva. Tal es, por cierto, el señalamiento de que en la situación mexicana nosotros y nuestros "otros" formamos parte de una nación, lo que de inmediato plantea la tensión vigente entre la orientación nacional y la internacional en la producción científica y en la formación profesional; con la advertencia que nos hace Krotz de que la antropología en un solo país suprime una de sus fuentes epistemológicas: el asombro (Krotz, E. 1988).

Posiblemente la propuesta más sugerente y original es la que logra en el ensayo publicado en la monumental obra coordinada por Carlos García Mora (1987-1988); en ella hace un planteamiento teórico global en la perspectiva de la metaciencia. El eje lo constituye la indicación de estudiar la ciencia como proceso de producción cultural, es decir como un fenómeno cultural específico, con lo que apunta que "la antropología no puede ser reducida a los productos de la investigación" (Krotz, E., 1987:122), lo que conduce a destacar lo que llama los "contornos de la ciencia"; es decir, el más amplio contexto sociohistórico. Con ello remite a diferentes cuestiones de gran importancia, como la de la utilización de los resultados de la investigación, la de la política presupuestal, la de la dinámica institucional, así como otros aspectos de orden interno, tales como las reglas vigentes para la construcción de enunciados, entre otras cuestiones de igual importancia.

Existe, sin embargo, una situación que Krotz soslaya, y en ello seguramente tiene que ver mucho el carácter espinoso del tópico, y es la que se refiere al fino y complejo entramado de la comunidad antropológica mexicana con el poder estatal. El tema ha sido ampliamente debatido y ha dado pie a punzantes controversias. No obstante, mirar a la antropología mexicana en este proceso de su inserción en las estructuras estatales, y particularmente el papel central que ha jugado en la construcción del discurso nacionalista, nos dice mucho de sus especificidades y, sobre todo, del carácter de su producción, de su quehacer real. En este sentido habría que señalar un artículo en el que se alude a esta sutil articulación entre poder estatal y producción antropológica.

lógica, publicado en los *Anales de Antropología* (Medina, A., 1976), en donde se subraya el penetrante influjo del nacionalismo estatal y su expresión en algunos sectores de la comunidad antropológica, sobre todo se indica la densa incidencia del presidencialismo. Las propuestas contenidas en este ensayo fueron apoyadas por C. García Mora en lo general, aunque destacaría su base intuitiva y reclamaría, a su vez, un mayor rigor. Insiste especialmente en la necesidad de realizar afirmaciones semejantes sobre la antropología mexicana (García Mora, C., 1986:143-149).

Para aportar otros elementos de esta discusión el propio García Mora (1986), por los mismos días en que aparecen los artículos antes citados, publicaría sus comentarios, señalando el poder del presidencialismo entre los antropólogos mexicanos al reseñar el "Encuentro Nacional de Profesionales en Sociología y Antropología" realizado en junio de 1975, en el marco del ciclo ritual por el que se inviste y legitima al futuro presidente de la república. La ceremonia política, de carácter oficial, a la que asistiría la mayoría de la comunidad antropológica y en cuya organización participarían algunos de los más notables investigadores, es ampliamente difundida por los medios de comunicación masiva, como sucede con todas las campañas presidenciales, y muestra el respaldo evidente de los científicos sociales al régimen vigente, lo que posteriormente habría de redundar en el nombramiento de algunos de ellos entre los nuevos funcionarios sexenales.

Por cierto, una excelente perspectiva analítica en que se manifiestan las complicadas relaciones entre la antropología y la política en México, es la que adopta Félix Báez J. cuando nos relata la biografía del doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, en la que se conjuga de manera sutil la actividad estrictamente académica con la coyuntura de la política gubernamental, pues Aguirre Beltrán es uno de los arquitectos de la política indigenista y uno de los más decididos impulsores de la "escuela mexicana de antropología". Báez en su escrito recupera las encendidas polémicas de Aguirre Beltrán con el grupo de los llamados "Magníficos", particularmente con Margarita Nolasco, Arturo Warman y Guillermo Bonfil, coautores del polémico libro *De eso que llaman Antropología Mexicana*, y el contexto del relevo presidencial en 1976, cuando el indigenismo "de participación" desplaza al "integracionista" (Báez Jorge, Félix, 1990).

Esta es una situación candente que dificulta el análisis frío y distante. Sin embargo, es necesario desarrollar toda una estrategia que nos permita conocer los profundos procesos políticos que atraviesan por la comunidad antropológica nacional, particularmente los que la articulan al aparato de Estado. Un tema sugerente al respecto es el de la periodificación del desarrollo de la antropología mexicana, la que tiene como referentes fundamentales acontecimientos políticos relacionados con el Estado. Otro tema que requiere una mirada incisiva es el reflejo del presidencialismo en el "caudillismo cultural" desplegado por destacados hombres de ciencia en su entorno profesional, y aquí los ejemplos de los institutos nacionales de cardiología y psiquiatría, organizados para premiar a sendos médicos de cabecera del Señor en turno, son ejemplos aislados, aunque ciertamente sintomáticos. Cuando volvemos los ojos a la antropología advertimos la pesada huella de hombres bien situados en el aparato estatal, como Manuel Gamio, Alfonso Caso y Gonzalo Aguirre Beltrán, para citar los casos más notables donde se conjuga la excelencia académica con la capacidad política hacia el Estado. Lo llamativo es que esta condición política les permite no sólo influir marcadamente en la investigación científica, sino sobre todo transformar su medio y erigirse en fundadores de instituciones. La paradoja de todo

esto es que Esteban Krotz es uno de los mejores analistas del poder, autor de libros, ensayos y antologías sobre la antropología política: no obstante, no parece establecer el menor nexo entre el campo de la metaciencia y el de las redes del poder.

Finalmente, indiquemos que hay ya varios ensayos en que se trata de manejar esta difícil y delicada situación entre el poder estatal y la antropología. Así, en la presentación de un conjunto de ensayos sobre las relaciones entre la antropología y el marxismo, expuestos originalmente en un simposio de la XV Mesa Redonda de Antropología, realizada en la ciudad de Guanajuato en 1977, se hacen diversos señalamientos sobre la influencia de la militancia partidaria y de las posiciones políticas de destacados antropólogos en sus actividades académicas y en sus alineaciones teóricas (Medina, A., 1982). Posteriormente, en una antología de diversos escritos en los que se plantea y discute la crisis de la antropología mexicana, vuelve a insistirse sobre la notable influencia de la política en las discusiones teóricas de mayor trascendencia (Medina, A., "Diez años decisivos", en Medina, A. y C. García Mora, 1983). Ni qué decir que ambos ensayos, especialmente el segundo, fueron tomados por su lado estrictamente político, lo que ocultó sus implicaciones teóricas.

Hay que aclarar, sin embargo, que si bien E. Krotz no atiende a las extremadamente interesantes relaciones entre la antropología y el poder político en México, alude a la problemática implicada desde la más profunda reflexión de la ética. En efecto, en un reciente ensayo en el que parte de las posiciones polares manifestadas en la antropología, la que otorga una calidad prescriptiva a la ciencia y aquella otra que, por lo contrario, separa hechos y normas, procede a describir cuatro campos en los que se discuten estas posiciones, como son el uso de los conocimientos antropológicos, el de las denuncias públicas de situaciones consideradas injustas, el de las complicadas relaciones entre el investigador y sus diferentes informantes, y, en cuarto lugar, el de la exigencia de "compromiso" de los investigadores con los sectores oprimidos de la población. Encuentra que en ellos se muestra una visión reduccionista del proceso de producción científica, así como se justifican sus reclamos con procedimientos cuestionables, al convertir a la ciencia en fuente de criterios éticos.

Ante esta situación Krotz propone el ejercicio de una vigilancia epistemológica, en tanto problema de la ética profesional. Esto supone "la necesidad de superar los condicionamientos ideológicos provenientes de disposiciones personales, dinámicas institucionales, luchas faccionales, etc., (lo que) constituye un imperativo para la conducta del antropólogo como antropólogo, que se ubica en el terreno de lo ético. Deriva este carácter de la naturaleza propia de la antropología, define y jerarquiza las relaciones de compromiso del practicante de la disciplina con las colectividades participantes en la producción del conocimiento científico y proporciona criterios y hasta normas para la conducción de las pesquisas y la organización de las actividades de la comunidad científica" (Krotz, E., 1993 b:218).

Con esto se privilegia la relación del antropólogo con su gremio científico, lo que "implica directamente la formulación de toda una serie de acciones y actitudes en el trabajo científico", que tiene que ver con la explicitación de los procesos técnicos y analíticos, así como los diversos condicionantes sociales, económicos, políticos y psicológicos que afectan a una investigación determinada, todo ello en un espíritu crítico cultivado en escuelas, centros de investigación y foros profesionales (*op cit*:221). Finalmente, para superar la distancia que separa a los hechos de las normas propone una atención detallada de los componentes del proceso de construcción de conocimientos y la definición de lo que llama "fundamentos fértiles", es decir,

propuestas nucleares que conllevan implicaciones éticas.

Evidentemente esta es una visión rigurosa que parte de una comunidad científica autónoma consciente de su identidad profesional colectiva, y que se nos presenta como un modelo a seguir, compatible por cierto con la tendencia actual de fortalecer a la sociedad civil, luego de haber padecido un poderoso impulso estatal en la configuración y crecimiento del complejo institucional de la antropología mexicana. Sin embargo, la historia de esta ciencia ha sido, hasta nuestros días, un proceso de estrecha interrelación entre el aparato estatal y la comunidad antropológica; como lo afirma claramente el propio Krotz en otro escrito, también reciente, cuando apunta que "por lo menos nueve de cada diez antropólogos en México reciben sus salarios del presupuesto gubernamental" (Krotz, E., 1993a:362).

Es decir, para desentrañar el laborioso movimiento histórico por el que se construye el complejo de instituciones y programas que constituyen la antropología mexicana, es necesario ubicarnos en la matriz sociopolítica que la alimenta y le da sentido, de otra manera se nos escaparían los factores determinantes que generan sus actuales características. Quizás resulte ilustrativa la declaración de don Gonzalo Aguirre Beltrán cuando se plantea, en los inicios de su actividad académica y política, la disyuntiva de cuál elegir, decidiéndose siempre por la segunda, sin renunciar a la primera, de tal suerte que, como lo afirma Félix Báez, en cuyo texto transcribe tal afirmación, la lógica de la producción científica de un autor fundamental en la antropología mexicana está en su exitosa carrera política (Báez, F., *op cit*).

Todo esto significa, en primer lugar, reconocer una situación de hecho que tiene que ver con la condición periférica del país, en términos políticos y económicos, y, claro, también científicos; en segundo, la necesidad de transformar esta situación, y de plantearlo abiertamente, en diversas direcciones que fortalezcan su autonomía y su rigor científico, en términos tales como los apuntados por Esteban Krotz. En lo que sigue insistiremos en la sensibilización a las situaciones políticas que rodean a la antropología, pero volveremos, al final, con el intento de diálogo aquí iniciado.

2. Las historias.

Si el escribir sobre la historia de la antropología es de alguna manera realizar una reflexión sobre la teoría de esa ciencia, y si damos un vistazo, así sea un tanto superficial, a la producción que sobre el tema han hecho los antropólogos mexicanos, asombra la abundancia de ensayos, notas, reseñas, libros, y uno tiene entonces que preguntarse por los significados diversos de tal insistencia. En este escrito espero dar sólo una breve opinión sobre los textos más importantes que se han publicado al respecto, pues la tarea de manejar las numerosas publicaciones, dispersas y crecientes, es todavía algo a realizarse para los futuros investigadores sobre este apasionante tema. Hay algo que me gustaría subrayar: el hecho de asumir necesariamente como un rasgo particular de nuestra antropología el complejo entramado con su entorno político, lo que le afecta de numerosas maneras; y más que eso, constituye parte de las condiciones de la producción científica misma. Para un primer botón de muestra señalemos las periodizaciones empleadas para explicar el desarrollo de la antropología. Todas ellas se apoyan en una cronología marcada por el desarrollo del Estado nacional, sin que los autores vean necesario dar una justificación, pues parece algo evidente, natural. Me parece que, por lo contrario, la lucidez acerca de la omnipresencia de la política estatal tiene mucho que ver con la insistencia en la reflexión histórica. Esto lo mostré

hace ya tiempo Mercedes Olivera en un texto que se ha constituido en un marcador teórico y político, y exactamente de ambos, para la antropología mexicana: *De eso que llaman antropología mexicana* (1970).

En lo teórico, dicho texto señaló la emergencia de una corriente que se hacía llamar "crítica"; en lo político señalaría la transformación de sus autores de investigadores científicos en funcionarios del aparato estatal con una concepción novedosa y acorde con la política sexenal. Esto llevaría a los alumnos de la ENAH a calificar, ambivalentemente, a sus autores como "los Magníficos". En dicho libro, Mercedes Olivera hace un incisivo balance de las investigaciones antropológicas que se realizaban en el país por ese entonces, finales de los años sesenta, y críticamente apunta, a propósito de esa intersección de la ciencia y la política:

Las razones finales de la poca fertilidad en el ámbito de la investigación son de tipo más general que las meramente institucionales; quizás habrán de encontrarse en el poco interés y la ninguna utilidad inmediata que tiene la investigación para los sectores que dirigen la administración nacional, a quienes preocupa de manera muy preferente todo aquello que tenga resultados materiales muy concretos, limitado a los intereses de la élite gobernante y que fructifiquen en el breve ciclo sexenal. Lineamientos que son muy deleznable para servir de apoyo al desarrollo de las ciencias en general y de la antropología en particular (1970:97).

Y la misma cuestión vuelve a parecer cuando pondera la situación de las investigaciones lingüísticas, a tal grado que afirma tajantemente: "Esta es una prueba de que el marco institucional... no sólo limita sino también orienta el trabajo antropológico hacia metas e intereses de la élite gubernamental" (*op cit*:109). El caso extremo de esta situación es lo que encuentra en el ámbito del indigenismo gubernamental, donde la investigación científica se ha hecho no para fundamentar su acción, "sino más bien para justificar una serie de actividades y decisiones que poco o nada tienen que ver con los resultados de la investigación" (*op cit*:115).

En este movimiento crítico sobre los problemas de la investigación antropológica en México y sobre la densa presencia del Estado, llega a una muy sugerente conclusión: "...la urgencia de *hacer un análisis antropológico de la antropología*, que abarque un estudio de los recursos materiales, técnicos y metodológicos, de sus finalidades, sus alcances, su campo de acción y de la función social que cumple en nuestro país neocolonial y subdesarrollado" (énfasis en el original, A.M.) (*op cit*:117).

Pero volvamos a las historias y veamos algunas cuestiones que parecen útiles para nuestras reflexiones. Una primera observación se refiere a la obra de Juan Comas, republicano trasterrado, quien realiza una obra extensa y fundamental para la antropología mexicana, pues despliega una incansable actividad en los campos de la docencia, editorial, indigenista, de investigación y, por lo que atañe a nuestro asunto, a la historia de la ciencia. Tan temprano como 1941 escribe ya un artículo periodístico sobre el quehacer antropológico en México, el que se publicaría en las páginas de *El Nacional* el 1o. de septiembre. En dicho texto se muestra un énfasis en la antropología física, su especialidad. Para 1948 da a la luz su ensayo "Algunos datos para la historia del indigenismo en México", en *América Indígena*, revista del Instituto Indigenista Interamericano y de la que el propio Comas es editor; versión que luego publicaría en

Panamá y en Brasil. Como el Dr. Comas trabajara a plenitud en el campo del indigenismo, fue secretario del Instituto Indigenista Interamericano por cerca de veinte años y cercano colaborador de su director, Manuel Gamio, adquiere una amplia visión del tema y lo mostraría también en otro ensayo, publicado en el tomo XI de la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* (RMEA), de 1950, "Bosquejo histórico de la antropología en México", para finalmente desembocar en su *La Antropología Social Aplicada en México. Trayectoria y antología*, que aparece como la primera historia de la antropología, aunque sugerentemente sólo se refiere, como lo indica el título mismo, a la antropología social, o sea a la política indigenista, en la que el Estado mexicano es el principal protagonista.

Esta historia de la antropología social se nos presenta como la respuesta adecuada y necesaria que el Estado encuentra para enfrentar el viejo y lacerante problema indígena; de tal suerte que la narración encuentra en las etapas del proceso político estatal un referente explícito para señalar los cambios graduales que muestra la política indigenista, llena de avances y retrocesos. Así, personajes centrales e instituciones indigenistas nos son mostrados en un quehacer constructivo que despliega su ciencia para resolver uno de los "grandes problemas nacionales". De tal suerte que esta historia de la antropología social se concentra en la obra pionera de Manuel Gamio, sin descuidar por supuesto el señalamiento de los más notables antecedentes, como los relativos al periodo colonial y al siglo XIX, así como el desarrollo institucional y político posteriores. Hay diversas cuestiones que parecen interesantes y necesarias de plantearse, como el del momento de aparición de esta primera historia y el que haya sido precisamente en el campo de la antropología social, que expresa en menor medida la antigua tradición de pensamiento sobre la identidad nacional frente a la diversidad étnica y lingüística que caracteriza a la nación desde sus mismos orígenes.

Hay desde luego antecedentes en otros campos, como el de la arqueología, en el que el Dr. Ignacio Bernal publica, en *Cuadernos Americanos*, de 1952, "La arqueología mexicana: 1880 a la fecha", que culminaría en 1979 en la ya clásica *Historia de la Arqueología en México*.

La primera propuesta histórica global de la antropología en México la haría el Dr. Eusebio Dávalos, primer egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y para la fecha en que escribe el ensayo referido, director del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Este ensayo, intitolado escuetamente "La Antropología", aparecería en una publicación promovida por el gobierno de la república, en la que colaboran otras personalidades de la cultura de la época, en ocasión de los cincuenta años de la Revolución Mexicana. La perspectiva que adopta Dávalos expresa con claridad su carácter fundamentalmente institucional, el que corresponde al INAH, y desde ella plantea la existencia de una antropología para la época prehispánica, manifiesta en su producción cultural, ahora objeto de reflexión de la ciencia contemporánea. Reconoce también en las actividades proselitistas y de organización de los administradores coloniales una práctica antropológica. El énfasis mayor corresponde a la legislación sobre el patrimonio histórico y ello le conduce a destacar la importancia toral del Museo Nacional como centro de diversas actividades antropológicas. Hace un recuento de la situación de las especialidades de la antropología mexicana y comenta tanto el carácter de la docencia como el papel e importancia de los congresos, las sociedades científicas y las publicaciones. Señala expresamente la condición de fundador que corresponde a Manuel Gamio para la

antropología social y la diversificación de este enfoque por la amplitud ocupacional de los egresados de esa especialidad de la ENAH. Este es, pues, un ensayo planteado con amplitud y con una clara conciencia de las especialidades de la antropología mexicana, ubicada ésta, desde luego, en el marco de una ciencia cuya matriz se forja en los países centrales (Dávalos, E., 1962).

Un estudio histórico notable, con una cobertura muy amplia en cuanto a las obras consideradas, es el que realiza Gonzalo Aguirre Beltrán para dar cuenta de la antropología social en el periodo que va de 1950 a 1975, lapso que corresponde a los 25 años de fundación de la Coordinación de Humanidades de la UNAM. Para conmemorar tal aniversario se preparó un volumen en el que se repasa lo realizado en aquellas ramas de las humanidades representadas en los institutos de investigación que componen esta área, estando representadas la arqueología, la antropología física y la antropología social (Aguirre Beltrán, G., 1978).

Este es el trabajo de mayor envergadura de Aguirre Beltrán sobre la historia de la antropología mexicana, en el que hace un repaso erudito de una enorme cantidad de trabajos publicados en el periodo señalado, o sea prácticamente un cuarto de siglo. Sin embargo, no encontramos ninguna reflexión o crítica acerca de la cientificidad de este campo del conocimiento; hay, por el contrario, la certeza de describir algo evidente: la legitimidad y el papel protagónico de la antropología social, en la que incluye, como campos particulares, a la antropología cultural, la económica, la campesina, la urbana, la médica y la indigenista. Bajo el encabezado de "otras antropologías" se refiere a los estudios de parentesco, a las relaciones interétnicas y a la etnohistoria. Hay, desde luego, otras contribuciones del mismo Aguirre Beltrán a la historia de la antropología en la forma de semblanzas sobre diferentes autores que considera como contribuyentes al acervo científico; trabajos que se reúnen en el volumen XV de su *Obra Antropológica*. En el punto de vista adoptado y en asunción de dar por evidente que todos estos trabajos contribuyen a enriquecer a la antropología social, Aguirre Beltrán es acompañado por el Dr. Juan Comas, a cuyo trabajo clásico nos hemos referido antes. En sentido estricto Aguirre Beltrán, Comas y Palerm son quienes constituyen el campo de la antropología social a partir de la obra de Manuel Gamio. Los dos primeros escriben diferentes ensayos expresando y argumentando al papel fundacional de Gamio, inclusive es iniciativa de Aguirre Beltrán el situar entre los fundadores a Moisés Sáenz, que es un pedagogo enfrentado a las tareas educativas de la Revolución Mexicana y, desde esta experiencia, contribuiría a la constitución de la política indigenista, por vía de la educación indígena. Por otra parte, Palerm, con el apoyo decidido de Aguirre, sentaría las bases institucionales de centros de investigación y de docencia orientados básicamente a la antropología social (véase Medina, A., 1993).

Sobre los pasos en esta perspectiva y con una mayor cobertura temporal José Lameiras (1979) publica su clásico ensayo "La antropología en México: panorama de su desarrollo en lo que va del siglo", en una edición del Colegio de México que reúne diversos ensayos dedicados igualmente a la tarea de hacer síntesis históricas y señalamiento de los principales problemas de las ciencias sociales en México. De entrada Lameiras manifiesta la trama político-ideológica de su texto: "La antropología mexicana ha tenido durante su proceso histórico de formación características tales que, respecto a otras disciplinas de las ciencias sociales desarrolladas en el país, permiten conferirle el carácter de nacionalidad y justificar para ella, a temprana edad, el título de mexicanidad" (Lameiras, 1979:109), lo que ciertamente acentúa el lado

político-ideológico, más que el científico.

La periodización que propone Lameiras es muy amplia y se basa en criterios relacionados con la formación del Estado nacional; de hecho establece cuatro enormes etapas: 1. Los antecedentes, que abarca al período colonial exclusivamente; 2. De 1825, cuando se funda el primitivo Museo Nacional por el primer presidente constitucional Guadalupe Victoria, a 1920, cuando da inicio el régimen de la Revolución Mexicana, período al que llama de "La profesionalización"; 3. El período de 1920 a 1940, cuando se consolida el nuevo Estado revolucionario, y las fechas se refieren a momentos de relevo presidencial. La denomina "La primera praxis social", lo que tiene mucho que ver con la orientación y los énfasis de Gamio; 4. El desarrollismo y su cierre político con el movimiento estudiantil y sus secuelas, es decir 1940-1968, son el marco de esta cuarta etapa. La quinta, "Los años recientes" se dedica, finalmente, a hacer una somera caracterización de algunos aspectos del quehacer antropológico, como la docencia y la investigación. La justificación de este planteamiento indica que dicha periodización "obedece... a la contextualización de la vida de la antropología mexicana respecto a los aspectos sociales y políticos que de alguna manera la han influido en el interior o desde el exterior del país. Por ello hemos tratado de seguir su relación con el origen de la nación y el Estado, la vida de las instituciones de educación superior en México y en el extranjero, las demandas sociales ejercidas sobre las ciencias sociales en la preparación de profesionistas antropólogos, y las presiones existentes para lograr su acción y asimilación en la vida organizada del país" (*op cit*:110).

De hecho la complejidad y magnitud de la propuesta escasamente es realizada en forma analítica; lo que encontramos es una impresionante enumeración de autores, obras, instituciones y acontecimientos, más cercana a un catálogo, y que lleva a errores en los nombres de autores, en fechas, así como en títulos de artículos y libros. Lo que sí muestra con ello es el enorme acervo de información disponible para investigaciones de largo aliento sobre la materia.

Por otra parte, cada etapa aparece como una totalidad homogénea en la que existe ya una comunidad antropológica bien definida y con una concepción clara de las tareas a realizar; es decir, no se ve el difícil y azaroso proceso por el que la antropología se ha configurado, pero sobre todo no presta atención al peso deformante que ha ejercido el propio Estado que la ha prolijado.

Para el siglo XIX Lameiras plantea una temática para distinguir las tendencias en la investigación antropológica que me parece bastante sugerente y útil de examinar con cuidado. Distingue tres vertientes: 1. Estudios sobre el México antiguo; 2. Recopilaciones etnográficas y registros lingüísticos; y 3. Estudios de la realidad social indígena y campesina en el marco de la sociedad mayor. Aunque la nitidez de esta perspectiva se opaca un tanto con una cuarta categoría que ocupa para ubicar todo aquello que no corresponda a las vertientes citadas, es lo que llama con el feo nombre de "Antropología miscelánea" (*op cit*;122). Estas vertientes, afirma, se continuarían hasta la etapa que culmina en 1940.

En este ensayo de Lameiras aparece ya una distinción que a mí me parece fundamental para entender a la antropología mexicana y es la que separa el enfoque que fundara Gamio, llamado de "antropología social" y que corresponde más a una estrategia de investigación y de desarrollo institucional, lo que no encaja en la noción kuhniiana de paradigma pero corresponde más cercanamente a lo que sucede en el país, de aquella otra estrategia representada por el quehacer en el Museo Nacional y

abarca a las especialidades tradicionales de la antropología boasiana (arqueología, antropología física, etnología y lingüística), y que denomino, por acentuar lo que me parece central: el enfoque histórico y comparativo, así como por la integración metodológica que hace de tales especialidades, "etnológica" (para una mayor elaboración de estas ideas véase A. Medina, 1993). La referencia al contraste de estas dos tradiciones no se hace en términos precisamente técnicos, pero expresa un contraste que me parece apunta a distinciones fundamentales para entender el carácter y la complejidad de la comunidad antropológica mexicana, la autora y protagonista en la historia que aquí comentamos. Apunta, entonces, Lameiras: "El indigenismo fue —y siguió siendo después— la actividad central de lo que, entre 1920 y 1940, podía llamarse <<Nueva Antropología>>. Los antropólogos de la vieja guardia se mantuvieron al margen de ésta, por demasiado viejos, o por no querer encontrar la cara de un gobierno para ellos quizá poco grato" (Lameiras, J., 1979:140).

Este ensayo de Lameiras fue ampliamente usado en las escuelas de antropología para respaldar los cursos de una nueva materia, la historia de la antropología mexicana, y no cabe duda que ejerció una poderosa influencia en la conciencia que de su identidad profesional tendrían las nuevas generaciones.

El tercer autor que enfrenta a la historia de la antropología en México con la amplitud que abarca a todas sus especialidades y con un aliento todavía mayor, convertido en un extenso tratado, es Julio César Olivé (1981), un destacado investigador y activo organizador del medio antropológico, sindicalista y fundador del Museo Nacional de las Culturas, así como del más antiguo colegio gremial, el Colegio Mexicano de Antropólogos, también un destacado especialista en las cuestiones legales relacionadas con el patrimonio histórico. Su libro, presentado originalmente como tesis doctoral en la UNAM, fue publicado por el propio Colegio Mexicano de Antropólogos. Esta historia dedica su mayor espacio al patrimonio histórico, tanto en lo que se refiere a los aspectos legales como a los institucionales; pero además en cada una de sus etapas, cuya periodización se pliega también a la cronología política, domina la descripción del contexto sociohistórico, reduciéndose el espacio para las cuestiones propias de la práctica antropológica.

Olivé recoge la idea planteada anteriormente por E. Dávalos (*op cit*) de buscar las raíces de nuestra antropología en el México antiguo; de igual manera dedica un capítulo a la historia de la ENAH, la que también tiene como antecedente un ensayo histórico del mismo autor, texto leído con motivo de los 25 años de la ENAH (Dávalos, E. 1962b).

En ninguno de los autores comentados hay todavía una reflexión epistemológica; se aceptan las definiciones amplias de la antropología, semejantes a las procedentes de los países centrales, así como se reconoce la especificidad de la mexicana, centrada en los estudios sobre el México antiguo y de la población indígena contemporánea. No encontramos ninguna impugnación a esta situación, ni intenciones de buscar caminos diferentes tanto para verla, entenderla, interpretarla, y de plantear sus tareas, para ello había que esperar el trabajo enorme coordinado por Carlos García Mora, que publicara el INAH en 1987 y 1988, y cuyos autores serían prácticamente los miembros de la comunidad antropológica mexicana.

El espléndido proyecto que habría de fructificar en lo que inicialmente se llamaba "Historia general de la antropología en México" tiene sus antecedentes tanto en la atmósfera caldeada por las discusiones teóricas y políticas de los años setenta, como en el propósito de ordenar los abundantes y dispersos materiales en que los

problemas principales se tocaban tanto de frente como tangencialmente. La intención de reunirlos era completamente constructiva, se levantaba por encima de las pugnas profesionales. Tan es así que Carlos García Mora no sólo se da a la tarea de compilar y ponderar los diferentes ensayos, de ficharlos, reunirlos, fotocopiarlos y ordenarlos, sino que se lanza con un programa para transformar la antropología en México. En este proceso señala dos cuestiones fundamentales para el futuro de su trabajo: 1. no existe una historia general de la antropología en México, a pesar de la riqueza de los ensayos históricos y teóricos; y 2. los intentos de hacer historia han sido completamente espontáneos y sin atención alguna a la historia de la ciencia (véase su apasionado "Exordio", en Medina, A. y C. García Mora, 1983, I:15-26).

La realización del ambicioso proyecto de García Mora le llevaría cinco agitados años y crecería de los originalmente planeados doce tomos a quince, de elevado paginado. Si hubiera alguna duda de la existencia de una nutrida y activa comunidad antropológica mexicana, la expresión contundente se contiene en los 484 ensayos que componen la obra, escritos por 344 colaboradores, los que en su mayoría no fueron remunerados o lo fueron simbólicamente, lo cual no mermó ni el entusiasmo ni el empeño reflejado en numerosos excelentes escritos. Por supuesto que es posible señalar ausencia, lagunas y medianías, pero ahí está la propuesta misma para continuar la construcción de esta historia. Finalmente, los dos propósitos apuntados por el coordinador general, según lo afirma él mismo, se alcanzaron, a saber: 1. Mostrar el legado de la antropología a la cultura nacional; legado ciertamente sustancioso y no del todo reconocido con anterioridad; 2. Estimular la implantación de la historia de la antropología en México como un campo nuevo y prometedor de la investigación científica, es decir de una pesquisa rigurosamente encuadrada en la teoría y desplegada en una metodología explícita, no ya los anecdóticos, ni las referencias trilladas a autores sobresalientes, instituciones y fechas fundamentales (Véase el "Liminar" de García Mora en el volumen 15 de su obra).

Hay en todo esto una profunda esperanza de construir una antropología sobre los esfuerzos y los desvelos de generaciones de estudiosos que nos han legado sus obras, sus notas, sus frustraciones y sus realizaciones institucionales; o sea, una antropología que exprese las particularidades históricas del quehacer científico en este campo, y que genere no solamente materiales descriptivos y reportes técnicos, sino fundamentalmente teorías, discusiones epistemológicas, metodologías alternativas y propuestas originales.

Los dos primeros volúmenes de esta obra están dedicados a una síntesis de la historia de la antropología en México, que fue escrita por doce autores encargados expresamente de tal tarea, los que para lograr un cierto grado de uniformidad en el tratamiento de sus materiales debieron responder a una guía, la cual se consigna al final del segundo volumen. El criterio de periodización fue explícitamente político, es decir, el establecido por los acontecimientos nodales de la historia política nacional. En el ensayo de García Mora que abre la obra, se explica que fue por comodidad el haber acudido a tal cronología; sin embargo, en mi opinión, la situación es mucho más compleja, pues una buena parte de la producción antropológica está muy estrechamente relacionada con los acontecimientos políticos de su época y forman parte de su proceso de producción. Una investigación, restringida en tiempo y espacio, que penetre en la red de vínculos, alianzas e instituciones, podría mostrarnos tanto aquellos espacios que poseen cierta autonomía y en los que se tiene una dinámica propia, donde se genera teoría, y aquellos otros supeditados a los compromisos

políticos; pero sobre todo mostrar, y analizar, las interrelaciones, y determinaciones, entre ambos espacios podría ser tremendamente iluminante y nos permitiría plantear hipótesis altamente productivas.

No voy a reseñar aquí este enorme esfuerzo de investigación, pues no es tarea de un individuo aislado, apuntaré solamente algunos aspectos que me parecen relevantes. En primer lugar hay que subrayar los tres ensayos teóricos que abren la obra; el primero, del propio coordinador general, hace toda una relación de cómo se gestó la obra y las vicisitudes de su realización, lo que por cierto resulta novedoso y constituye un valioso testimonio de la clara conciencia que generaría esta historia. Pero sobre todo es muy rico el ensayo por señalar lo que García Mora considera los temas y los problemas centrales de la antropología mexicana, así como por el esfuerzo desplegado para ceñir todo este análisis en sendas consideraciones teóricas que aluden a los más importantes autores del campo de historia de la ciencia (García Mora, Carlos, "Presentación y preliminares", en el primer volumen de su *La antropología en México. Panorama histórico*, 1987).

El ensayo de Esteban Krotz, el segundo en orden en el referido volumen, es uno de los más importantes trabajos teóricos sobre la antropología y sobre la necesidad tanto de la propia historia de la antropología como del reconocimiento de su producción científica como condensadas expresiones de carácter cultural. Es un ensayo relativamente breve, considerablemente denso, no fácil en una primera lectura, pero sustancioso, sugerente e inquietante, que forma parte de un esfuerzo teórico del autor y cuya trascendencia hemos ya señalado al comienzo de este escrito.

Finalmente, el artículo de Luis Vázquez es un enorme esfuerzo, que implicó una erudición y un conocimiento poco común de la antropología mexicana y en el que se logra una visión de conjunto prácticamente novedosa y poco común en los escritos de este género; todo ello acompañado de observaciones y comentarios bastante polémicos, en los que de alguna manera se conserva ese tono un tanto agresivo y sectario que dominó mucho de la antigua polémica de los antropólogos mexicanos.

De los trece volúmenes restantes destacaré solamente los relativos a dos cuestiones. Por una parte lo que se llama "Las cuestiones medulares" y se refiere a los temas teóricos de mayor preocupación en la comunidad antropológica nacional. Así, el volumen 4 se dedica a los temas de la antropología social y de la etnología, en tanto que el volumen 3 consigna los relativos a las otras especialidades.

Por otro lado, la extensa y detallada relación de los centros de investigación, escuelas, museos, archivos y bibliotecas, constituye un aporte fundamental para entender las características institucionales de la comunidad antropológica; como lo es también el dinámico campo de las asociaciones y de las revistas, en las que se muestra la azarosa existencia por la que han pasado muchas de tales publicaciones, muy semejantes en buena medida. La más sencilla reflexión sobre las revistas en la antropología mexicana, por ejemplo, nos lleva por senderos poco explorados todavía por la historia de la antropología, y basta advertir que el participar en la elaboración de revistas en este campo del conocimiento ha sido para muchos de nosotros una experiencia muy intensa y particular que deja mucho de las interioridades de la producción antropológica en nuestro país.

En fin, me parece que con la obra de Carlos García Mora se transforma cualitativamente el campo de la investigación de la historia de la antropología en México, pues se exige una consideración teórica y epistemológica, pero sobre todo un proceso de lectura crítica que permita recoger los magníficos frutos y sean la base del

trabajo futuro.

Finalmente, comentaremos dos ensayos recientes de Esteban Krotz en los que se da una visión de conjunto de la antropología mexicana, aunque ciertamente ciñéndose a la antropología social, y se ponderan sus resultados así como se apuntan sus perspectivas. El primero lo publica en *Current Anthropology*, revista editada en los Estados Unidos (y que trata de establecer una posición internacional, aunque resulta irremediablemente norteamericana). El artículo es un breve escrito con intenciones básicamente informativas, sin entrar en cuestiones críticas de orden teórico o epistemológico, en el que se da una esquemática visión histórica, así como se describe los campos nuevos de investigación que han emergido en los últimos veinte años. En la parte final del artículo apunta varias consideraciones que me parecen sugerentes, tales como el destacar el carácter excepcional de la antropología en México, atribuible a la importancia histórica y a la innegable presencia de los pueblos mesoamericanos, a las condiciones de estabilidad política vigentes por más de medio siglo y, en tercer lugar, por sus vínculos con problemas sociales de importancia nacional. Aquí destaca la estrecha relación entre los antropólogos y el Estado, aunque, aclara, la práctica profesional no necesariamente refleja los intereses gubernamentales de manera directa y mecánica.

También apunta Krotz la orientación nacional de la antropología en México, su carácter ecléctico en cuestiones teóricas debido a la formación de la mayor parte de sus posgraduados en los tres grandes centros de producción teórica (Estados Unidos, Francia e Inglaterra), y sus reducidos vínculos con el resto de los países latinoamericanos y del Caribe. En cuanto al desarrollo teórico, Krotz anticipa, en la coyuntura del derrumbe del "socialismo realmente existente", una reconsideración de sus logros y el despliegue de estrategias para generar nuevos conocimientos coadyuvantes en la transformación de la empobrecida población mayoritaria.

Una cuestión central en la ponderación que hace Krotz de la antropología mexicana contemporánea es la del crecimiento explosivo habido en los últimos veinte años, durante las décadas de los años setenta y ochenta, lo que amplió la presencia de los antropólogos en otros ámbitos académicos y políticos; sin embargo, apunta incisivamente:

...esto no ha desembocado todavía en la formación de una <<comunidad antropológica nacional>>. Más bien, produjo grandes y pequeños núcleos concentrados firmemente en instituciones académicas capitalinas y reforzó, ante todo numéricamente, algunos pocos en la provincia. Entre las hipotecas más severas creadas por esta manifestación estaría, por una parte, la existencia de instituciones de investigación y docencias antropológicas desprovistas de infraestructura decorosa y la ausencia de un perfil profesional claro de los antropólogos que trabajan en instituciones no académicas. Este último hecho, empero, ha sido una de las causas por la que los egresados de las carreras de antropología han podido abrirse camino en ámbitos profesionales muy diversos. (Krotz, E., 1993a:369).

La otra cuestión subrayada insistentemente por Krotz es la notoria ausencia de una preocupación metodológica en nuestra antropología, lo que ya había señalado en un célebre ensayo intitulado "Cerca del grado cero..." (Krotz, E., 1988). Aunque en su

más reciente ensayo parece resignarse a esta desesperante situación al afirmar que no sólo no se ha fomentado la preocupación metodológica, sino incluso "parece ser eclipsada lo más posible, a tal grado que en la mayor parte de los textos publicados por los antropólogos no se mencionan y, sólo ocasionalmente, se discuten las condiciones y los procesos de su producción. Sin embargo, ni para los miembros del gremio, ni para quienes suelen leer sus escritos, esto parece mermar la calidad de sus pesquisas y conclusiones" (1993a:374).

Finalmente, habría que cerrar este apartado sobre las historias de la antropología mexicana comentando varios señalamientos de Krotz, quien, en el rápido y documentado balance que realiza, delinea cuestiones a futuro que se desprenden de su propia descripción, tales como la tarea de recuperar las raíces de los siglos XVIII y XIX que se encuentran en el propio país y de reconsiderar el impacto de las diversas versiones del marxismo que inundan las discusiones de los últimos cuatro lustros y que ahora se enfrentan a la crisis provocada por el derrumbe del socialismo europeo.

Otra tarea urgente es la consolidación de comunidades antropológicas por encima de los espacios estrictamente institucionales. "No sólo el desnivel entre centro y provincia impide hablar, hasta la fecha, de un debate antropológico propiamente mexicano. También está la escisión entre los antropólogos que laboran como docentes y/o investigadores en instituciones académicas y realizan funciones semejantes en instituciones orientadas principalmente hacia la instrumentación y evaluación de programas de desarrollo" (*op cit*:377).

Todo esto le lleva a concluir, desde la reflexión epistemológica: "En la medida en que se entienda la producción de conocimiento antropológico, no como mero inventario del desorden existente y del señalamiento repetitivo de sus causas pasadas y presentes, sino como auscultación del tiempo actual y de quienes viven, para poder reconocer lo nuevo que se anuncia en estructuras y movimientos; cualquier contribución al mejoramiento de esta producción de conocimiento será también una contribución a la liberación por venir" (*op cit*:378-379).

3. Las escuelas.

Resulta extremadamente difícil y arriesgado tratar de hacer una caracterización global de las escuelas de antropología; su situación es diversa, sobre todo en lo que se refiere a los movimientos académicos en torno a los planes de estudio, a la planta docente y a la composición de su población escolar, de tal suerte que no puedo sino aportar algunos datos que me parecen sugerentes y otras figuraciones basadas en mi experiencia y, desde luego, en mis obsesiones. Una primera observación es el contraste entre la ENAH, la más importante y la más grande del país, con todo, y el resto de las escuelas de antropología, de menores dimensiones. Así, por ejemplo, mientras que en la ENAH se imparten siete carreras a nivel de licenciatura (arqueología, etnología, antropología física, lingüística, antropología social, etnohistoria e historia), en otras cuando mucho se llega a tres (antropología social, arqueología y lingüística). Además, el contraste se acentúa porque todas las escuelas, excepto la ENAH, se insertan en estructuras universitarias, lo que implica un espacio más acotado y de mayores articulaciones políticas, lo cual por cierto tiene mucho que ver con las limitaciones académicas de las escuelas de provincia, en armonía con sus respectivas universidades, públicas en su mayoría y sujetas a las vicisitudes de una política autoritaria y muy intervenida por los gobiernos de los estados. Otra es la situación en

las universidades privadas, como la Iberoamericana y la de Las Américas, pero esa es una cuestión que no nos concierne aquí por ahora. Por el lado de las universidades públicas de provincia, un ejemplo excelente de su vulnerabilidad, dramáticamente narrado, es el de la escuela de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), aunque lamentablemente habría que decir no parece diferir en cuanto a los problemas que enfrentan las otras escuelas (Morales, E., 1988).

En el conjunto de las escuelas de antropología que existen en el país es posible distinguir dos orientaciones generales para definir los planes de estudio vigentes, a las que bien podemos reconocer como dos tradiciones: una corresponde al modelo implantado en la ENAH, cuya estructura general, establecida en 1942, se compone de cuatro especialidades a las que se ingresa luego de un periodo de años generales, que varía entre dos y cuatro semestres; dichas especialidades originales son antropología física, arqueología, etnología y lingüística. Posteriormente, en 1955, de la carrera de etnología habrían de desprenderse otras dos especialidades, etnohistoria y antropología social; y cuando la ENAH se traslada a su actual edificio de Cuicuilco, y luego de la ruptura del convenio de 1952 con la UNAM (por el que la carrera de historia se estudiaba solamente en la UNAM y la de antropología en la ENAH, reconociendo la UNAM a los títulos expedidos por la ENAH el grado de maestría en ciencias antropológicas), se crearía la licenciatura en historia. Hay aquí una concepción orgánica, global de la antropología, lo que habría de perderse parcialmente con los acontecimientos políticos de los años setenta, cuando entre el mayoriteo de las asambleas generales y el radicalismo de varios profesores, desaparecen los años generales y se forman los actuales feudos de cada especialidad.

Este modelo habría de extenderse a las escuelas de la Universidad Veracruzana y de la Universidad de Yucatán, aunque en ninguna de ellas se crea el área de antropología física. En este hecho ha tenido mucho que ver la presencia de antropólogos, tanto investigadores como docentes, egresados de la ENAH, a quienes les ha parecido de sentido común reproducir el esquema general del *alma mater*.

La segunda orientación o tradición corresponde a la concepción que Angel Palerm inicia con el Departamento de Antropología de la Universidad Iberoamericana y extendería posteriormente a la Universidad Autónoma Metropolitana, en su plantel de Iztapalapa. En ella, y con un enfoque neoevolucionista, crea el perfil del antropólogo social, más en armonía con las ideas de Gamio y de Sáenz, es decir con una intención práctica y con una mayor insistencia en una formación técnica (para mayores detalles de estas dos orientaciones, véase mi ensayo de 1993 incluido en la bibliografía). Una es la tradición que podemos llamar etnológica, con una matriz historicista y muy relacionada con la mesoamericanística señalada por Paul Kirchhoff (1966), y la otra es la de antropología social, con una matriz sociológica.

Con respecto a la composición social del estudiantado, hay una interesante investigación realizada en la Universidad de Yucatán que fue presentada como tesis de grado (Ramos, M., 1982). Para recabar los datos que componen el cuerpo de la tesis se realizaron múltiples entrevistas a autoridades, maestros y alumnos, incluso a varios trabajadores, asimismo se levantó una encuesta entre la población escolar. Uno de los resultados fue el siguiente:

La población estudiantil es de extracción pequeño burguesa, lo que de cierta forma explica el impasse en el que se encuentra la escuela; es una clase social fácilmente radicalizable en la teoría a lo que se deben los

intentos de organización democrática de la escuela y los brotes esporádicos de rebeldía y por la otra el conformismo y la pasividad generalizada de los alumnos que sólo desean terminar sus estudios e incorporarse al mercado profesional. (Ramos, M., op cit:155).

Hay también otros datos que llaman la atención. Por ejemplo, con respecto a la situación laboral, se señala que el 60% de los alumnos no trabaja, el 67.5% depende económicamente de sus padres y el 76.6% vive en casa propia. Por otro lado, el 65% de los alumnos tiene parientes cercanos que hablan la lengua maya, aunque el 24.8% reconoce que habla y entiende poco, y otro 32.5% que lo habla poco *op cit:194, 198-199).*

Otra investigación es la realizada entre los profesores de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chiapas, y que resulta extremadamente interesante, pues ejemplifica, con cierto dramatismo, las consecuencias del apuntado crecimiento explosivo, y tiene tras de sí motivaciones fundamentalmente políticas. En la Escuela de Ciencias Sociales se estudian las licenciaturas en sociología, economía y antropología social, luego de haber llevado un tronco común de cuatro semestres. La planta docente se compone 42 profesores.

El 77% de los docentes actualmente adscritos a la escuela son profesionales que ejercían la docencia con anterioridad, sea en el nivel superior, medio superior u otro; y el 23% lo hace sin haber tenido experiencia alguna en el campo de la enseñanza. Del personal que actualmente mantiene vínculos con la Escuela de Ciencias Sociales, el 50% ingresó entre 1980 y 1985, y el 50% restante desde 1987 hasta la fecha. El año de 1986 divide estos periodos tan sólo porque durante ese año no hubieron nuevas contrataciones. Este parámetro, sin embargo, nos da la pauta para señalar que en la escuela buena parte de los docentes en servicio han tenido una cierta continuidad y, por tanto, han logrado construir por la cotidianidad de su práctica un objeto educativo. La experiencia de trece y ocho años en unos, y en otros de uno y seis años nos coloca ante una realidad educativa rica en experiencias. Por otro lado, el promedio de edad del docente en servicio es de 35 años. (Nivón, A., 1993:5)

Este conjunto de profesores, además, tiene un buen nivel académico y una conciencia clara de su responsabilidad como profesores y como formadores de futuros investigadores sociales; sin embargo, la situación dominante en esta comunidad escolar es desoladora e inquietante, tanto así que la autora de la investigación se propuso entender las causas que han llevado a este estado de cosas y que caracteriza de la siguiente manera: "Por años se ha construido un hermetismo al respecto. No por falta de sensibilidad o de interés en hablar del tema; sino porque el restringido espacio social que tienen para ventilar problemas propios de la Universidad y de la Escuela de Ciencias Sociales, así como profesionales y personales, ha favorecido una escasa credibilidad entre ellos" (*op cit:1*).

Me parece necesario subrayar el carácter de la investigación, pues fue hecha con un enfoque participativo y con una orientación constructiva, la de contribuir a acercar al docente al trabajo interdisciplinario sobre el proceso de enseñanza-aprendizaje y

orientado hacia la construcción teórica de su práctica docente.

Por otro lado, habría que considerar varios aspectos de la situación por la que atraviesa la Universidad Autónoma de Chiapas, pues fue creada por una razón estrictamente política, a iniciativa de un gobernador que contaba con el apoyo presidencial, pero sin que hubiera existido una comunidad académica suficiente, con la "masa crítica" requerida para sustentar una tradición universitaria y menos para construir una colectividad científica. El resultado es que se convierte en un trampolín político y en una arena de disputas entre facciones que buscan el control de la institución. Esto conducirá a un total descuido de la actividad académica, uno de cuyos efectos habría de ser el desgaste de la comunidad de docentes, que en el caso de la Escuela de Ciencia Sociales es de muy buen nivel, y la absoluta imposibilidad de desarrollar programas con una mínima garantía de continuidad. Es decir, la ausencia de un proyecto académico en la universidad conduce a pugnas internas y a la formación de grupos que sobrepolitizan las condiciones de trabajo e impiden cualquier esfuerzo constructivo de carácter colectivo, reduciéndose las actividades académicas a un nivel de estricta sobrevivencia. Esta es, me parece, una de las razones de la desvinculación de la Escuela de Ciencias Sociales de los programas que se desarrollan en los numerosos centros de investigación que florecen actualmente en el estado de Chiapas.

De los datos de estas investigaciones y de observaciones personales en otras escuelas se desprende que no hay una idea definida sobre el perfil del antropólogo, mucho menos hay la intención ni las posibilidades de construir un currículum propio que responda a las características socioculturales de la entidad federativa y mucho menos que responda a las necesidades que tal entorno plantea, esto queda al arbitrio de los destinos individuales posteriores a la graduación. No parece existir política alguna para establecer convenios con instituciones estatales para formar determinados especialistas requeridos por el desarrollo regional; y lo más dramático de todo es la tremenda distancia que existe entre la investigación antropológica y la docencia, pues en las universidades de provincia difícilmente se realizan investigaciones de envergadura en el seno de las propias universidades, dándose una situación como la señalada por María Ramos para Yucatán, en cuya escuela el plan de estudios indica la exigencia de realizar tres meses de trabajo de campo, pero se deja a cada alumno la decisión de cómo y dónde realizarlo.

En el desolador panorama que ofrecen las escuelas de antropología en la provincia, resulta estimulante encontrar un proyecto de investigación de largo aliento que ha generado ya un considerable acervo documental y promete otros ricos materiales para la discusión académica acerca de la formación profesional; me refiero a la investigación que realizan en Xalapa los antropólogos Alvaro Brizuela y Gladys Casimir de Brizuela, la que por varios años ha rastreado en archivos y ha registrado un importante número de entrevistas con los fundadores de la Facultad de Antropología, antes escuela, con los miembros de su planta docente y con alumnos. De todo esto se han publicado varios artículos y un libro (Brizuela, A. y G. Casimir de Brizuela, 1991; Casimir, G., 1988), aunque han tenido el cuidado de aclarar que los materiales dados a publicación se apoyan en un manuscrito de más de quinientas páginas y en un acervo documental en proceso de elaboración.

Otra investigación también de perspectiva dilatada es la que realizan Rodolfo Coronado y Hugo Villalobos sobre la historia de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), basada asimismo en un amplio trabajo documental y en un

ambicioso programa de entrevistas grabadas. Un primer resultado es la tesis de licenciatura que ambos presentaron en la ENAH, dos gruesos volúmenes de cerca de 600 cuartillas, un extraordinario trabajo que combina de una forma atractiva y sugerente documentos y citas de las entrevistas grabadas. De este trabajo llama la atención la intrincada complejidad del proceso de formación de la ENAH, pues no sólo es una historia escolar y académica, sino sobre todo muestra una densa relación con los acontecimientos políticos que están en su mismo origen y la acompañan hasta nuestros días.

En estas dos investigaciones en proceso, la de la Facultad de Antropología y la de la ENAH, se muestra ya una nueva concepción de la historia de la antropología y el despliegue de las técnicas propiamente antropológicas por la recolección y el manejo de los datos; sin embargo, en ambas falta todavía el diseño del marco teórico, lo cual me parece es menos un descuido o una carencia y más el señalamiento de la necesidad de definir la discusión sobre los perfiles profesionales que se han configurado de hecho, lo que implica una buena dosis de autocritica, como de la urgencia de hacer un replanteamiento basado en la ponderación crítica y en la explicitación de las perspectivas que queremos construir.

Finalmente, hay una notable falta de memoria histórica en la mayor parte de las escuelas de antropología; es decir, no hay un conocimiento socializado de los procesos por los que se han constituido como instituciones educativas, tal vez la mayor demostración de ello es la facilidad con la que se cambian los planes de estudio, sin realizar balances y evaluaciones de las experiencias previas, en lo que por cierto hay con frecuencia motivaciones políticas que tienen que ver con el faccionalismo interno o con los movimientos políticos al seno de las universidades, en donde alcanzan formas porriles y hasta gangsteriles. Mucho menos hay una conciencia de la manera en que la historia de cada escuela se inserta en el desarrollo de la antropología, en sus versiones tanto estatal como nacional. Este inmediatismo y la tensión constante que ejercen las pugnas internas llevan a tomar decisiones que parecen sanamente administrativas y llenas de las más buenas intenciones, pero que al desconocer los procesos históricos subyacentes generan conflictos mayores a los que tratan de resolver. Tal es el caso de la reciente medida adoptada en la ENAH de fundir las especialidades de etnología y antropología social en una sola, y que describo en forma de parábola, junto con otros datos contemporáneos, en el apartado siguiente.

4. Parábola del androide: la ENAH en el tercer milenio.

La entrada en vigencia del Tratado de Libre Comercio (TLC) ha provocado efectos extremos, no obstante su despliegue gradual dadas las diferencias marcadas entre la poderosa economía de los Estados Unidos y la mexicana; uno de los campos que ha expresado un desarrollo sorprendente y novedoso ha sido el de la investigación tecnológica, y lo que ha dejado totalmente anonadados a los miembros de la comunidad antropológica mexicana ha sido el papel de punta jugado por la ENAH, lo que señala un retorno a sus antiguos fueros, aquellos aludidos con nostalgia y rencor por don Octavio Paz, nuestro laureado premio Nóbel. En efecto, en el laboratorio de ergonomía, montado hace varios años, gracias a diversos convenios firmados con prestigiadas universidades de Asia, Europa y Estados Unidos, como ha sido la terca insistencia del Conacyt, se ha llevado a cabo un ambicioso programa experimental que ha generado diversos resultados. Uno de ellos es un llamativo androide que se presta

maravillosamente para probar las elaboradas teorías ergonómicas y hasta es probable que el propio androide reemplace a los anacrónicos robots usados actualmente en la mayor parte de las industrias instaladas en el país.

Desde luego que todo esto pasa por una fase todavía de pruebas y faltan varios detalles por afinar. Así, recientemente sucedió un incidente que ha dejado pensativos a los científicos de la ENAH. El androide, magnífico ejemplo de lo que es la excelencia en la investigación científica, tiene todas las ventajas y virtudes del cuerpo humano, sabio producto de un largo proceso evolutivo, y para redondear su hermosa apariencia los especialistas decidieron colocarle un delicado y gracioso ombligo, el que para justificar su obscena presencia funcionaba como disparador de un programa de autodestrucción para cualquier emergencia que resultara de alto riesgo.

La situación a considerar por los expertos fue que precisamente las extraordinarias virtudes inquisitivas del androide le llevaron a examinar su cuerpo y al descubrirse el ombligo comenzó a hurgarlo, como es de humanos hacerlo, pero desafortunadamente con ello desencadenó el proceso irreversible de su destrucción. Es posible que la solución consista en dotarlo de una memoria, pero no de corto alcance, sino de un rango mayor, equiparable a los tiempos del proceso evolutivo, ¿será posible?

Toda esta experiencia reúne innumerables casos de destrucción involuntaria a que nos ha orillado el entusiasta y desenfrenado afán de modernización; porque la mayor parte de las veces se adoptan novedades y soluciones, ciertamente avanzadas en su concepción técnica, pero que ignoran o desdeñan las especificidades sociales y culturales de la tradición mexicana.

El hecho al que me quiero referir, a propósito de la imprudencia con la que se asumen los programas de adelgazamiento estatal, descentralización, privatización y modernización, es el acontecido recientemente en la ENAH y cuyos efectos permitieron una especie de radiografía de la comunidad antropológica mexicana. Me explico.

Durante el mes de septiembre de 1992 se propuso por parte de las autoridades escolares, la fusión de las carreras de etnología y antropología social. Parecía una cuestión simple debido a la gradual convergencia de los planes de estudio de una y otra especialidad; convergencia que no tiene nada de circunstancial y refleja más bien no sólo una completa ignorancia de los procesos que llevan a la formación de las especialidades y a las mismas bases de la tradición científica que las sustenta. La licenciatura de antropología social es una de las más grandes; junto con la de arqueología reúne a por lo menos dos tercios del estudiantado de la ENAH; y es en ella donde se ha dado una aguda conflictiva política que ha conducido a un enorme desgaste, redundante en el abatimiento del nivel académico; y pareciera ser que la difícil situación pretende resolverse desapareciendo la carrera, así de una manera expedita.

Al mismo tiempo que se anunciaba la fusión de estas carreras, se corría el rumor de que también se haría la misma operación con las carreras de historia y etnohistoria, lo que inquietó profundamente a los estudiantes de la segunda de ellas. A tal grado fue el impacto que pronto se formó un grupo que decidió organizar un foro con la presencia de todos aquellos que tienen que ver con la etnohistoria en México. Se formaron comisiones y se visitó a las diferentes instituciones para convocar prácticamente a la comunidad antropológica mexicana.

El "Foro Académico Etnohistoria: pasado, presente y futuro", dedicado a la memoria del maestro Wigberto Jiménez Moreno se realizó finalmente en la ENAH los días 30 de septiembre y 1o. de octubre. Dicho foro se compuso de una solemne sesión

de homenaje al profesor Jiménez Moreno, de una conferencia magistral del profesor Carlos Martínez Marín, fundador de la especialidad, así como de cuatro mesas redondas en las que se debatió sobre los principios y técnicas de la investigación etnohistórica, la etnohistoria y la docencia, la etnohistoria en la práctica y la interdisciplina y la historia. El acontecimiento fue todo un éxito, pues no sólo hubo una presencia y participación numerosa de maestros y alumnos, sino también se logró reunir a todos aquellos que han contribuido a definir la tradición mexicana de etnohistoria, así como a quienes realizan investigaciones actualmente. Más de veinte instituciones de investigación y cerca de cuarenta ponentes ofrecieron un espléndido panorama de la etnohistoria hoy, reunidos por el activo grupo de estudiantes que rescataba la memoria histórica y la vitalidad de esta comunidad de antropólogos, en evidente contraste con el pragmatismo administrativo de las autoridades, fieles a la línea política gubernamental que atenta contra la educación superior y ajenas a la tradición antropológica mexicana y al papel que en ella ocupa la ENAH.

Si bien con esta demostración de apoyo académico se cerraba el paso a cualquier intención de desaparecer o fusionar a la etnohistoria, la situación parece no ser la misma en el caso de la etnología y la antropología social, en proceso de fusión, sin que sus integrantes, maestros y alumnos, intenten revertir el proceso.

Evidentemente hay funcionarios escolares que se parecen al androide del laboratorio de ergonomía, no porque gusten de hurgarse el ombligo, sino por su completa falta de memoria histórica y su capacidad para asumir la dignidad de una tradición científica establecida hace ya varios siglos.

5. Reflexión provisional

La preocupación central, subyacente a la descripción, los análisis y las opiniones aquí vertidas, es la de reconocer las características que definen la especificidad de la antropología mexicana; la cuestión es algo más que mostrar y recuperar una historia propia, que ya de por sí tiene su propio valor. Me parece que las condiciones históricas en que se ha configurado la antropología en México tiene rasgos diferenciales y conducen a maneras diferentes de construir nuestro saber; es decir aluden a una epistemología que difiere de la implicada en la antropología desarrollada en los países centrales, aquella que reconocemos en los textos y tratados más usados en nuestras universidades, o incluso en las referencias constantes a que acudimos en nuestras reflexiones teóricas y con las cuales de alguna forma reafirmamos nuestra identidad como antropólogos no es sólo el hecho de que, como lo dijera K. Gough, antropóloga canadiense, la antropología haya sido la "hija del imperialismo", hay otros elementos que tienen que ver con la condición de dependencia económica del país, con aquello que se ha resumido en el concepto de "subdesarrollo" y que se expresa no solamente en una ciencia subdesarrollada, sino en condiciones diferentes para la construcción teórica.

En este sentido abogar por una antropología excéntrica es algo más que asumir la condición periférica de nuestra discusión teórica, situación que paradójicamente se acentúa más cuando tratamos de repetir modas, autores y temas de los países centrales, algo contra lo que se comenzó a luchar a raíz del movimiento latinoamericanista desatado por la revolución cubana. Se trata de recuperar los impulsos endógenos que están detrás de la implantación de la antropología en México; y aquí encontramos una muy antigua tradición que parte del siglo dieciséis y crece en el contexto de una

profunda preocupación por definir un proyecto de nación alternativo a la situación impuesta por el hecho colonial. El primer siglo como Estado independiente no disminuiría esta preocupación, al contrario, la acentuaría todavía más en el eje de las dolorosas crisis provocadas por las pugnas políticas entre liberales y conservadores, y aquellas otras a que nos llevan las guerras y derrotas con los Estados Unidos y Francia. Con todo esto la antropología adquiere su sentido más hondo en el proceso de reflexión y construcción política de la nación mexicana.

En este movimiento se abren diferentes espacios motivados fundamentalmente por esos procesos de construcción nacional, lo que alude a la configuración de un pasado que legitime tales aspiraciones políticas, y todo esto, a su vez, en el marco activo y contradictorio de una nación pluriétnica y de un pasado de una densidad tal que desborda la utopía liberal y los sueños coloniales y racistas de los conservadores, como lo mostraría explosivamente la composición social de los ejércitos populares de la Revolución Mexicana. En tales espacios, como el Museo Nacional, se desarrolla la investigación científica y se difunde una concepción de la historia finamente articulada a las condiciones políticas de su momento, pero siempre desde una situación periférica al eje de las decisiones políticas y económicas.

Los espacios institucionales definidos para la actividad antropológica habrán de expresar el centralismo político nacional, como lo muestra claramente la propia historia referida en los textos aquí descritos y comentados, de tal suerte que la creación de nuevos espacios de actividad antropológica, (lo que no tiene más de medio siglo, por cierto) muestra, a su vez, una condición periférica, en el doble sentido de depender para su reproducción de los modelos que impone el centro y de negar sus particularidades regionales e históricas.

Es decir, para aludir al título de este ensayo, asumir la situación excéntrica de la reproducción antropológica es partir de las condiciones del entorno social y cultural para definir un estilo propio, una propuesta teórica y temática arraigada en la historia local. Esto es reconocer las condiciones de producción científica vigentes, a las que cerramos los ojos con frecuencia en el sueño de reproducir la situación privilegiada que guarda la ciencia en los países centrales, a los que apelamos con excesiva frecuencia para situarlos como modelo.

No que debamos renunciar a tener los recursos económicos, humanos e institucionales que nos permitan desarrollar una investigación científica de "excelencia", como ahora se dice, sino que necesitamos encontrar nuestros propios caminos, y éstos no tienen que aparecer por un *fiat* divino, o presidencial, sino que están ya bosquejados en nuestras propias y excéntricas historias. Esto ya lo he apuntado en ensayos anteriores (Medina 1993 a y b), pensando sobre todo que las escuelas de provincia, que acentúan dramáticamente su situación periférica y subdesarrollada, y necesitan renunciar a reproducir de una manera mecánica los modelos vigentes en el centro nacional, y esto se puede hacer, de entre otras muchas maneras, recuperando la propuesta mesoamericanista de Paul Kirchhoff, por la que en cada escuela o centro de investigación tiene que partirse de sus características históricas y culturales regionales, para desde ahí dialogar con el centro y entre sí, así como abrirse al diálogo a una escala internacional, como, por ejemplo sucede ya con los campos de estudio de los pueblos mayas y de los nahuas.

El objetivo principal de todas estas reflexiones es el de contribuir a la discusión acerca del estatuto científico de la antropología mexicana, en la que se involucra tanto una concepción de su desarrollo histórico como la pertinencia del uso de un conjunto

conceptual procedente de las propuestas hechas originalmente por Thomas S. Kuhn. Para esto hube de referirme a los diversos planteamientos que hace brillantemente Esteban Krotz, quien ha dedicado una buena cantidad de ensayos a pensar acerca de la antropología en general y de la variante mexicana, en particular, desde las proposiciones de Kuhn y de otros pensadores, sobre todo del filósofo alemán Ernst Bloch. En mi opinión, los dos ensayos sobre la importancia y trascendencia de los viajes, tanto en la constitución de la antropología como en la formación profesional, constituyen señalamientos capitales para diferentes reflexiones sobre cuestiones teóricas y metodológicas; tan es así que una demostración de la riqueza de estas líneas de análisis es el ensayo sobre los componentes de la utopía, el asombro y la alteridad que subyacen en la raíz misma de la especificidad de la antropología (Krotz, E., 1987, 1988 y 1991).

Desde tal perspectiva resulta un tanto prometedor el pensar sobre las diversas implicaciones teóricas y metodológicas del trabajo de campo, porque de ello se desprenden no sólo indicaciones extremadamente sugerentes, como es la recuperación metodológica y existencial de la experiencia de campo, con lo que se apunta directamente a la epistemología, o, como lo dice el propio Krotz, de la metaciencia; experiencia que era considerada como una situación meramente circunstancial, en lo que se refiere a los arreglos mismos del viaje y del movimiento de traslación hacia el espacio de trabajo y viene a convertirse ahora en un proceso determinante, de implicaciones insospechadas, así como también puede trazarse una línea de trabajo de análisis histórico que revelará muchos aspectos desconocidos de la constitución de la antropología mexicana y de las determinaciones de diferente orden que han incidido en su configuración.

Pienso, en primer término, en el riquísimo acervo de las investigaciones antropológicas realizadas en Chiapas desde los años cuarenta, pues existen, en forma microfilmada, numerosos diarios de campo, de los que por cierto recientemente se han publicado dos, aunque no en su forma original, sino con un primer esfuerzo de edición que desdibuja los tiempos y matices personales contenidos en su versión primera. Me refiero a los diarios de campo de Alfonso Villa Rojas, escrito durante su estancia en Oxchuc, y de Calixta Guiteras, en Cancuc. Afortunadamente se conservan los diarios originales en forma microfilmada, junto con otros igualmente valiosos. Así, es posible consultar los diarios de Fernando Cámara sobre Tenejapa y Mitontik, de una riqueza informativa que no ha trascendido en toda su magnitud en los trabajos que publicó posteriormente; también encontramos el de Ricardo Pozas sobre Chamula y otros más. Otros materiales igualmente sustanciosos son los relativos a la fundación del Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil, primer organismo indigenista instalado en el corazón mismo de las regiones interétnicas y cuyo modelo habría de reproducirse en los centros fundados posteriormente en otras regiones del país.

Los voluminosos materiales reunidos por Julio de la Fuente y Alejandro Marroquín sobre el monopolio del alcohol y sobre el manejo político del mismo, así como sobre la compleja situación de los productores clandestinos, indios en su mayoría, esperan todavía una investigación desde una perspectiva que los integre tanto a la realidad social y cultural de los Altos de Chiapas, como a la actividad de las instituciones indigenistas y de los centros de investigación antropológica.

Los programas desarrollados por la ENAH en los años cincuenta, así como los extensos proyectos de diversas universidades norteamericanas, y no digamos de antropólogos europeos que han hecho contribuciones notables, como Henning Sivert,

noruego, Henri Favre y Alain Breton, franceses, Kazuyasu Ochiai, japonés, Ulrich Kohler, alemán y otros más; implica la existencia de materiales de investigación todavía por recuperarse en una reflexión teórica e histórica. ¿Tendremos la misma riqueza en regiones como las habitadas por mixtecos, zapotecos, tarascos y otomíes, donde también se ha investigado desde hace años?, me parece que sí, y plantearlo como tareas pendientes de la reflexión histórica y teórica me parece fundamental, particularmente en la dirección de excentricidad que he apuntado antes.

Sin embargo, la cuestión que está en el centro mismo de toda esta discusión es la pertinencia del marco teórico propuesto por T. S. Kuhn para la consideración del estatuto de las ciencias sociales, y específicamente de la antropología, como lo estamos discutiendo aquí. Recordemos que los ejemplos que ilustran la sugerente propuesta kuhniana proceden de la física, la química y la astronomía y que las referencias a las ciencias sociales las sitúan como proto-ciencias, o como ciencias pre-paradigmáticas, por la coexistencia de varios paradigmas.

Hay un valioso esfuerzo de parte de Krotz al demostrar que el evolucionismo constituye el primer paradigma de la antropología, aquel en el cual se funda y por el que establece su estatuto científico; es decir, aquí parece adecuado el manejo de los conceptos kuhnianos. Pero por otro lado, el desarrollo posterior adquiere una diversificación y un complejo entramado teórico que conjuga las más variadas tendencias, lo cual obliga a una reconsideración del esquema analítico manejado, para poder introducir alguna claridad en toda esta situación de las teorías antropológicas.

Ciertamente la propuesta de Kuhn es de una enorme riqueza y ha repercutido hondamente en la reflexión antropológica. A mí me parece que su desarrollo por senderos creativos requiere de un rigor cuya primera indicación sería la aplicación crítica, no mecánica, de todo este esquema conceptual. Desde luego que la discusión misma sobre la antropología mexicana ofrece un campo fértil y original, y a él debemos remitir nuestras reflexiones.

Reconozco que las propuestas que aquí se hacen son todavía endebles en cuanto a su apoyo estricto en datos y documentos, pero me parece que sugieren una perspectiva que revela la enorme riqueza de la temática y la definición de problemas no del todo considerados en la discusión sobre la antropología mexicana; de ahí mi atrevimiento y recurso al estilo ensayístico.

Necesitamos, para construir una propuesta sólida y sugerente, trabajos sobre las principales instituciones antropológicas; no descripciones de sus vicisitudes burocráticas y referencias a su héroes fundadores, sino análisis de su papel como matrices socioculturales de una producción científica determinada, es decir, en un marco analítico como el señalado por el propio Krotz, en el ensayo que acompaña a la historia general de C. García Mora (Krotz, E., 1987), aquel que ve la producción científica como parte de una cultura y de una sociedad definidas. Ello involucra el atender a revistas, escuelas, organismos colegiados y otros espacios de actividad profesional, pero implica también una consideración seria, crítica, del ámbito de lo político.

Pues ciertamente en el caso de la antropología mexicana es fundamental tomar en cuenta el carácter complejo del espacio estatal, en el trasfondo de la reflexión sobre la identidad nacional, pues la práctica de la antropología todavía está muy lejos de ser la correspondiente a las llamadas profesiones liberales. Pero sobre todo resulta muy sugerente invertir la creencia general que considera que la antropología ha enriquecido y contribuye a la construcción del nacionalismo mexicano, para partir de la propuesta que ve en la antropología mexicana una manifestación de una tradición nacionalista, profundamente arraigada en la cultura política nacional. Esta idea no es

del todo nueva, está ya implicada en la propuesta de Mercedes Olivera al abogar por una "antropología de la antropología", como lo referimos antes, y a lo que se alude en el libro de Roger Bartra, *La jaula de la melancolía* (1987), en la que se hace una crítica a los estudios sobre el carácter del mexicano, para revelar que al discutir tal cuestión contribuyen a crear un campo de reflexión que fortalece y legitima el nacionalismo oficial.

Y no cabe duda que la considerable aportación de la antropología acerca de la historia y la cultura de los pueblos indios en México está mucho más cargada hacia su consideración desde la perspectiva de lo nacional, que hacia la configuración de una conciencia nacional pluriétnica, como se apunta ahora en la propuesta de reforma constitucional del Artículo 4o, en proceso de completarse. La reciente discusión sobre los libros de texto de historia ha revelado, por primera vez y no exenta de cinismo, la ausencia de los pueblos indios en la versión oficial de la construcción nacional; pero sobre todo ha dejado ver la necesidad de elaborar una nueva historia desde la perspectiva de la diversidad étnica. ¿Puede la antropología mexicana contribuir a esta tarea? Por supuesto que sí, y no sólo como una responsabilidad social, sino porque en ello reside una buena parte de su originalidad, como ya lo indicáramos antes.

Finalmente, hay una cuestión básica que está abierta a la discusión y que apenas ha sido considerada en todas estas reflexiones sobre la historia de la ciencia: la de reconocer al sujeto de la ciencia en todas sus magnitudes e implicaciones. Porque el ente estrictamente racional, pensante y lógico que suponemos como el creador de la ciencia es una invención de la tradición occidental que centra su atención en el individuo. Ya la crítica desde el marxismo ha revelado el carácter social de la actividad científica, la relación estrecha entre la producción de conocimiento y la trama social en la que se inserta; y un razonamiento en la misma dirección nos llevaría a considerar el carácter variable de lo que constituye la comunidad científica, aquella que convalida y hace posible, productivo, un determinado paradigma. Pero hay más todavía, y es el peso que ejercen los factores subjetivos, no sólo por lo que se refiere a un tipo de personalidad o a un cierto estilo de trabajo, sino sobre todo aquello que se remite al inconsciente del científico y que tiene una expresión compleja en el campo de la política y de la cultura. Es decir, no se trata de una consideración de aspectos de la psicología individual, sino del peso que tienen en la producción de conocimiento las particularidades culturales y políticas de una determinada comunidad científica, considerando sus manifestaciones autónomas y aquellas otras que revelan la fina trama que la articula a la sociedad de la que forma parte.

Bibliografía.

Aguirre Beltrán, Gonzalo

- 1970 El indio y la reinterpretación de la cultura. *Antología de Moisés Sáenz*, pp VII-XLVIII. México, Ediciones Oasis.
- 1972 Panorama de la antropología social y aplicada. En: Gamio, Manuel, *Arqueología e indigenismo*, pp 189-206. México, SEP (SepSetentas:24).
- 1990 *Crítica antropológica. Hombres e ideas. Contribuciones al estudio del pensamiento social en México*. México, Fondo de Cultura Económica. (Obra Antropológica:XV).

Báez-Jorge, Félix

- 1990 Claves de un diálogo entre la antropología y la política (Estudio introductorio). En: Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Obra antropológica:XV:7-42*.

Bernal, Ignacio

- 1952 La arqueología mexicana de 1880 a la fecha. *Cuadernos Americanos*, Vol. XI:121-145. México.
- 1953 La arqueología mexicana del siglo veinte. *Memoria del Congreso Científico Mexicano*, XI:235-262. México.
- 1979 *Historia de la arqueología en México*. México, Editorial Porrúa.

Bonfil, Guillermo y otros

- 1970 *De eso que llaman Antropología Mexicana*. México, Editorial Nuestro Tiempo.

Brizuela, Alvaro y Gladys Casimir de B.

- 1991 *Facultad de Antropología: materiales para su historia*. Xalapa, Ver., Facultad de Antropología. Universidad Veracruzana.

Casimir de Brizuela, Gladys

- 1988 Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana. En: García Mora, C., *La Antropología en México. Panorama histórico*, 7:415-429. México, INAH.

Comas, Juan

- 1941 Los estudios antropológicos en México. *El Nacional*, 1o. de septiembre. Ciudad de México.
- 1950 Bosquejo histórico de la antropología en México. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Vol. 11:97-102.
- 1964 *La Antropología Social Aplicada en México*. México, Instituto Indigenista Interamericano.

Coronado Ramírez, Rodolfo y Hugo Villalobos Nájera

- 1993 *La Escuela Nacional de Antropología e Historia. Un proyecto político-académico de Estado (Un acercamiento a su historia) 1937-1981*. México, Otoño. Tesis de Licenciatura en Antropología Social.

Dávalos, Eusebio

- 1962a La Antropología. En: Torres Bodet, J. y otros, *México. Cincuenta años de Revolución IV. La Cultura*, pp 207-238. México, Fondo de Cultura Económica.
- 1962b Veinticinco años de vida de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. *Tlatoani*, No. 16:5-12. México, Sociedad de Alumnos de la ENAH.

- De la Peña, Guillermo
 1993 Nacionales y extranjeros en la historia de la antropología mexicana. Ponencia presentada en el *Coloquio. La historia de la Antropología en México. Fuentes y transmisión*. México, ENAH, 5 de julio.
- García Mora, Carlos
 1983 Exordio. En: Medina, A. y C. García Mora, *La quiebra de la Antropología Social en México*, Vol. I:15-26. México, UNAM.
 1986a Corrientes político-ideológicas de la Antropología Mexicana. En: Medina, A. y C. García Mora, *La quiebra de la Antropología Social en México*, Vol. II:143-149.
 1986b Los antropólogos y el PRI. En: García Mora, C. y A. Medina, *La quiebra política de la Antropología Social en México*, 2:509-512. México, UNAM.
 1987/88 *La Antropología en México. Panorama histórico*. México, INAH. (15 volúmenes).
- Hewitt de Alcántara, Cynthia
 1988 *Imágenes del campo. La interpretación antropológica del México rural*. México, El Colegio de México.
- Krotz, Esteban
 1987a Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica. En: García Mora, Carlos (Coordinador), *La Antropología en México. Panorama histórico*, Vol. I:113-138. México, INAH.
 1987b Utopía, asombro, alteridad: consideraciones metateóricas acerca de la investigación antropológica. *Estudios Sociológicos*, Vol. 14:283-301.
 1988a Viajeros y antropólogos: aspectos históricos y epistemológicos de la producción de conocimientos. *Nueva Antropología*, No. 33:17-52.
 1988b Cerca del grado cero: consideraciones sobre la problemática en la antropología mexicana actual. *Iztapalapa*. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. No. 15:7-18.
 1991 A Panoramic View of Recent Mexican Anthropology. *Current Anthropology*, Vol. 32, No. 2:183-188.
 1993a Antropología y antropólogos en México: elementos de balance para construir perspectivas. En: Arizpe, L. y C. Serrano (Compiladores), *Balance de la Antropología en América Latina y el Caribe*, pp 361-380. México, UNAM.
 1993b Visiones alteradas: ensayo sobre vínculos entre aspectos éticos y cognitivos en las ciencias antropológicas. En: Olivé, León (Compilador), *Ética y diversidad cultural*, pp 205-228. México, Fondo de Cultura Económica.
- Kuhn, Thomas S.
 1982 *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Lameiras, José
 1979 La Antropología en México: panorama de su desarrollo en lo que va del siglo. En: *Ciencias sociales en México. Desarrollo y perspectiva*, pp 107-180. México, El Colegio de México.
- Medina, Andrés
 1976 Ortodoxia y herejía en la Antropología Mexicana. *Anales de Antropología*, 13:217-231. México, UNAM.
 1982 Presentación. En: Medina, A. (Compilador), *¿Existe una antropología marxista?*. México, UNAM.
 1983 Diez años decisivos. En: Medina, A. y C. García Mora, *La quiebra política*

- de la antropología social en México, Vol. I. México, UNAM.
- 1989 Crisis de la antropología y antropología de la crisis: la perspectiva mexicana. *Omnia. Revista de la Coordinación General de Estudios de Posgrado*. No. 15:35-47. México, UNAM.
- 1993 La formación de antropólogos en México: notas y figuraciones. En: Gamio, M. y A. Medina, *Dos aportaciones a la historia de la antropología en México*, pp 41-67. México, INAH.
- Morales, Edgar Samuel
- 1988 Escuela de Antropología de la Universidad Autónoma del Estado de México. En: *La Antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 7:308-323.
- Nivón Bolán, Amalia
- 1993 *Estudio diagnóstico de la práctica docente y propuesta de trabajo*. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, Escuelas de Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Chiapas (Mecanoescrito, 36 pp.)
- Olivé Negrete, Julio César
- 1981 *La antropología Mexicana*. México, Colegio Mexicano de Antropólogos, A. C.
- Olivera de Vázquez, Mercedes
- 1970 Algunos problemas de la investigación antropológica actual. En: *De eso que llaman Antropología Mexicana*, pp 94-118. México, Editorial Nuestro Tiempo.
- Ramos González de Castilla, María de la Asunción
- 1982 *La formación de antropólogos en Yucatán*. Mérida, Escuela de Ciencias Antropológicas. Universidad de Yucatán. Tesis de licenciatura en Antropología Social.
- Villa Rojas, Alfonso
- 1990 *Etnografía tzeltal de Chiapas. Modalidades de una cosmovisión prehispánica*. México, Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Vázquez León, Luis
- 1987 La historiografía antropológica contemporánea en México. En: García Mora, C., *La Antropología en México. Panorama histórico*, 1:139-212. México, INAH.